

Entre Géminis y Capricornio



MARIO ENRIQUE FIGUEROA

Lunes 9

Lauradriana me llamó por teléfono. Habían pasado varios meses desde nuestra última entrevista. En realidad nos encontramos de modo casual en un café, al que llegué con un amigo. Ella estaba en una mesa con dos compañeras de trabajo. Tras esa coincidencia debió buscar mi número en su agenda: quería hablarme de una idea que la rondaba. Nos pusimos de acuerdo para vernos en el Sanborns más cercano a su casa.

Martes 10

Resumiendo lo que dijo en esa ocasión, se trataba de lo siguiente: estaba convencida de que son varias las biografías que se entrecruzan y componen la vida de cada mujer y cada hombre. En ese entramado de existencias, la única que con toda certidumbre puede llamarse personal es la sensible. Y, de modo más concreto, la sexual. Me hizo entonces su propuesta: ella grabaría en una cinta sus vivencias; después yo la escucharía para transcribir lo que hubiera dicho. El procedimiento me pareció lo más indicado, porque Lauradriana y yo nunca fuimos en verdad amigos. Nuestros encuentros siempre fueron esporádicos. Si acaso una mirada suya durante la reciente entrevista me dejó entrever que algo íntimo pudo surgir en otro tiempo entre los dos. Al despedirnos sonreí pensando que buscaba un probable y temprano biógrafo. Apenas tiene treinta y cinco años.

Miércoles 11

Me envió la cinta a mi oficina. Lo que sigue son los apuntes iniciales, mi primera versión de sus reminiscencias, vertidas a una simple grabadora como las utilizadas por los reporteros para registrar las opiniones de ciertos personajes que se presupone tienen cosas importantes que decir.

Jueves 12

Nací bajo el signo de Capricornio. No sé por qué lo tengo presente. Las influencias astrales andan despistadas conmigo. Se me ocurre que yo debí ser Géminis. Crecí rodeada de cuidados, protección, mucho cariño. Mimada, pues. Sobre todo por mi padre. Cuando estaba en casa lo acaparaba. Y él siempre



Arnaldo Coen

tenía tiempo para sentarme en sus piernas y decirme "princesa" mientras me acariciaba el pelo o me tronaba besos en las mejillas. Pero sin fantasmas edípicos pasé de sus brazos a los de un primo. Me parece que todas y todos hemos pasado alguna vez por las manos y los labios de un primo o prima, ¿no es cierto? Teníamos nueve o diez años. Entonces era costumbre familiar visitar a la única abuela sobreviviente en una casa grande y vieja, con cuartos llenos de trebejos alrededor de un jardincito. Nuestros padres rodeaban a la madre o suegra, en tanto los niños salíamos para jugar a los escondidos en aquellos cuartos. Mi primo y yo nos ocultábamos juntos para besarnos. Claro, es un decir, pero fue el comienzo: sin despegar los labios apretábamos nuestras bocas y un ligero cosquilleo subía y bajaba por mi cuerpo.

Vinieron otras experiencias más o menos parecidas. Recuerdo que a los trece años tuve un novio para el cual besar consistía en abrir nuestras bocas, juntarlas y quedarnos sin aliento. No creo que él obtuviera mucho placer de esos contactos. Para mí, la interminable coincidencia de labios embocados y rígidos, con nuestros ojos bizqueando, enceguecidos por la cercanía, sólo me dejaban exhausta e inquieta.

Pero a los quince conocí a un hombre joven. Tenía como veinticinco años. Él me enseñó que la forma y textura de los labios es importante, por lo menos en el primer momento. Que deben tener cierta carnosidad y leves estriamientos. Es neces-

sario saber de antemano que se va a succionar y aprisionar algo. Mi primo tenía labios abultados pero casi lisos. Tal vez se debía a la edad y por eso nuestros besos resultaban húmedas caricias inmóviles. El caso es que ese hombre me hizo sentir que cuando existe ese ligero agrietamiento, los labios adquieren vida propia: hurgan, recorren, dilatan esos mínimos reductos sensibles. Los juegos que los labios inducen y prodigan bajo esa condición, preludian todos los contactos posteriores que puedan imaginarse.

Desde luego, en el curso de estos arrimos labiales es inevitable la aparición de la lengua. Su actividad complementa los variados hallazgos que se transmiten los labios. Éstos, es cierto, se acoplan, desplazan, voltean, rebuscando esos bordes y aristas que rebullen sensibilizados en nuestro cuerpo. Pero, sin interrumpir estas yuxtaposiciones, la lengua interviene aquí para hacer sus propias incursiones. Primero reclama y saluda a la otra lengua. Después comienza sus particulares descubrimientos por los recintos que, debe aceptarse, no sólo sirven para morder, gustar y deglutir alimentos.

Jueves 12, por la tarde

En ese punto apagué la grabadora. Mientras hablaba con Lauradriana por teléfono, veía la forma de su boca. Sobre todo ese coronamiento a manera de corazón de su labio superior.

Me detuve unos segundos en doble fila frente al edificio donde ella trabaja. La vi venir con su minifalda y el corto cabello enmarcando su rostro. Pero incluso cuando subió sólo atendí un momento a sus ojos brillantes. Era su boca diciendo palabras silenciosas la que atraía mis miradas. Conduje de prisa. En su casa me ofreció una copa, café, refresco. Negué con la cabeza y desde el sofá la llamé sin decir nada, todo el tiempo mirando sus labios. Se

acomodó a mi lado. Más que los ojos o incluso la proximidad de los cuerpos, fueron nuestros labios inmóviles los que se llamaban, atraían, reclamaban. Acercamos nuestros rostros. Entonces empezamos a reanimar, a recrear lo relatado en su grabación. Un momento antes, sólo durante un par de segundos, yo pensé en los inagotables recursos de seducción que poseen las mujeres como Lauradriana. ♦

